1808. X

DECLAMACION

SOBRE LA PAZ

ENTRE LA ESPAÑA

E INGLATERRA.

A LOS

GENEROSOS VALENCIANOS.

BIBLIOTECA PROVINCIAL Cádiz

CON LICENCIA:

En la Imprenta de la Viuda de D. Manuel Comes, esquinas de Porriño, donde se hallará.

233

¡Que momento, Valencianos! ¡La Paz tan suspirada! ¡Que momento de felicidad para este pueblo despues de la cadena inmensa de desastres, que nos habia acarreado una guerra marítima! Talleres arruinados, fábricas perdidas, trabajadores sumergidos en el profundo seno de la indigencia, la industria sin vitalidad; el comercio, fecunda mina de las riquezas mas estimables, aniquilado; entorpecidos los ingenios sin poder figurar en el teatro de los pueblos civilizados; he aqui en bosquexo el quadro de la miseria y abatimiento de la España. Quando los fastos de la historia recuerden à las naciones venideras una época tan fatal à nuestra prosperidad, como exclamarán admiradas: ¡*O España*! ¡*en que caos tenebroso te habia envuelto el genio fatal de la guerra*! ¡*Miseras colonias de ámbas Indias*! ¡*navegacion perdida*!

¡ó que males! No es menester que lo digan nuestros nietos, mis ojos no pueden ver sin estremecimiento semejante ruina. Quando Marte sopla su furor, y se oye el estallido del cañon, la agricultura, las artes, las letras, todo se atrasa miserablemente, y aun se puede decir, que se confunde en la nada, el ingenio se entorpece, y el brazo se enerva. Pero ¡ó iris venturoso el de la Paz! Un nuevo sol brilla ya en nuestro hemisferio, y con sus activos y benéficos rayos, todo será nuevo, actividad, luces y desvelos. La pereza torpe é indolente quedará avergonzada, y vestida de nuevo esplendor la industria nacional. Tú Valencia, que cuentas tantos artifices, fábricas y telares, ¿qué bienes no vas à recibir de la Paz, que con liberal y franca mano te dispensará halagüeña? Tus buques veo salir de los puertos de ambos mares, para transportar las mercancias à los remotos países de América y volverte en recompensa las riquezas del

Perú. Irán à Filipinas, y à otras colonias que ve el sol en su mismo nacimiento, y cargarán los frutos de que carece la Europa opulenta. Semejantes expediciones à la de los Argonautas, te traerán el vellocino de oro, que es decir, la abundancia y fertilidad. Esperalo de tu aliada la Inglaterra, que te ofrece en subsidio 50 mil hombres, para desmenuzar el coloso de ese héroe raptor, que ha intentado echar á tus pies una cadena de eterno vilipendio. ¡O momento! Valencianos. ¡Que placer recrea mi alma al recordarle! ¡Momento de felicidad! Léjos ya de nosotros la inaccion en que viviamos, el vil ocio, que nos habia acarreado un feo borron en el quadro de los pueblos cultos del universo. Pero no somos ni indolentes, ni desidiosos, ni tardos en comprehender: el Español tiene alma, genio, vivacidad y númen. A la guerra destructora, à la que asuela las provincias, à la que devasta los reynos, à la que trastorna el

órden industrial, à ese número colérico debemos el que nuestros puertos estén cerrados, los almacenes y fábricas. Pero desde hoy renacerán los tiempos de nuestra grandeza, quando se enarbolen en este pais venturoso las banderas de la poderosa Albion. Lazos eternos, pues, nos unan con ese gran pueblo; una misma sea la voz, unos los intereses. Los nombres de Inglaterra y España tengamos siempre en la boca, y en la coluna que se erija de esta alianza, póngase la inscripcion duradera y gloriosa: *A la prosperidad de ambas naciones*: ¡Qué ventajas! amados Valencianos ¡que bienes! podeis prometerlo de la señora de los mares, y que por divisa Neptuno ha puesto el tridente en sus manos. Las repúblicas comerciantes que tanto veneró la antigüedad, hasta la opulenta Cartago, en cuya plaza se amontonaron las riquezas de todo el oriente, ¿pueden competir con esta aliada, que se enseñorea de los mares, que tienen por lí-

mite el estrecho de Gibraltar y las Bocas del Nilo? ¿con la que dicta leyes, no solo en el océano Británico, sino en el vasto piélago de la India? ¿con la que envia sus buques, para que cruzen por las aguas de los dos polos? ¿con la que hace largos derroteros por las costas de ambas Américas? ¡Ah! ¡Gran Bretaña! ¡Que voz tan halagüeña para vosotros, Valencianos! ¡Gran Bretaña! la dominadora del mar, la legisladora, la prepotente, pues como dixo un Romano: *El señorio del mar da el imperio del universo*, y únicamente hablaba de los Tirrenos, de los Focenses, de los Rodios, de los Fenicios, que solo llegaron con sus expediciones hasta donde Hércules plantó sus dos columnas; solo hablaba de navegantes, que con débiles fustas costeaban los mares, ó cuya pericia en la náutica, nos manifiesta la rudeza de los siglos en que vivian.

A épocas mas brillantes de ilustracion, á descubrimientos en las regiones

polares y otras del vasto océano, á la invencion de la brúxula, á repetidos viages de un Cook, y de otros inmortales héroes, debe vuestra aliada el alto punto de conocimientos marítimos que posee. A la multitud de sus esquadras, al acierto de sus maniobras, á la intrepidez de sus Almirantes, debe el predominio, la consideracion y la grandeza que goza, y que puede contribuir á la felicidad de la España. No necesita de nuestras esquadras, de nuestros recursos, de nuestros guerreros, como la Francia orgullosa, que nos ha empobrecido, asolado, deshonrado. ¿Que es la España por la Francia? ¿y que podrá ser por nuestra aliada? Por la Francia un erial espantoso de Africa, sin erario, sin tropas, sin fortalezas, sin Soberano: ¿y por esta aliada? recuperarémos el crédito del nombre español, el imperio del Nuevo Mundo, que ya estaba vacilante, ó próxîmo á espirar, no perderémos las ricas colonias de la

India, que iban à ser presa vergonzosa de un enemigo de nuestra especie, y el trono de la augusta rama de Borbon se asegurará con incontrastable firmeza. A erigir este gran edificio aspiremos, trabajemos ¡ó Valencianos! mis amados patricios! La aurora luminosa de esta renovacion ya se ha dexado ver en nuestro hemisferio; cantemos, pues, himnos al nacimiento del hermoso planeta, así como dá saltos de placer el Indio regocijado, quando ve al sol. Despues de una guerra sangrienta, en que abatida la humanidad, ha gemido la España entre grillos, esposas y cadenas; despues que la hambre asoladora ha dexado yertos cadáveres á muchos individuos de nuestra misma especie; despues que el entorpecimiento de nuestro ingenio le ha hecho degenerar de su alta soberanía, ó perder los derechos mas sagrados que le ennoblecen; despues que solo hemos tenido por tantos años el sepulcro á nuestra vista, y que saliendo

la sombra de nuestros hermanos de unas frias cenizas.... ¡ah! Gloria al Eterno, que abriendo la mano reparte los imperios, ó derramando la copa de su venganza, los hace desaparecer de la memoria de los hombres; gloria, digo, al Supremo Ser que gobierna el mundo, pues esparce en nuestros hogares la Paz consoladora. Parece que sus altos decretos tenian prefixado el momento de nuestra elevacion, quando la España iba à encadenarse en el carro vergonzoso del oprobio: quando en los muros de nuestras fortalezas se queria tremolar el Aguila del ambicioso Napoleon; quando la Fe sacrosanta de nuestros padres estaba proxîma á espirar; quando nuestras Leyes debian subrogarse á un Código, que ha dictado la astucia y negra perfidia. ¡Que contraste de males, y que remedio! ¡que tempestad borrascosa, y que bonanza! ¡que alternativa de vida y muerte! El mísero artista ya no llorará al lado de su taller, el intrépido ma-

rinero no irá huyendo por rumbos desconocidos, ni el industrioso español se verá arrinconado en un lugar de espantosa obscuridad. Todo vivirá, todo renacerá, todo se reformará. La América nos dará sus minas, las fábricas, el sudor de sus trabajadores, y la nacion entera como saliendo de un letargo profundo, del abatimiento, de los brazos de la nada, podrá decir: *Soy España.* ¿Lo ois, Valencianos? *Soy España*, la que hizo temblar el Capitolio, y que este la llamase: *Terror del Imperio. Soy España*, la que en tiempos mas afortunados ilustró la Francia Bárbara. *Soy España*, la que tiene posesiones por toda la carrera donde anda el sol. *Soy España*, que es decir, la guerrera, la conquistadora, la sabia, la opulenta. Todo esto que habia perdido por aquella suerte ominosa, que derroca las grandes naciones, lo restituirá la Paz, lo afirmará lo perpetuarà. Al trabajo, pues, Valencianos, abominémos el ocio torpe,

afuera la pereza baxa y detestable. Somos Españoles, raza de los Celtiberos y Lusitanos, descendientes de los Sénecas, herederos de los intrépidos Corteses, é hijos de Minerva. Somos Españoles, y aliados de la Gran Bretaña, que nos acompañará en las expediciones marítimas, renovará en nuestras ínclitas poblaciones la felicidad y la abundancia. ¿Donde están las piramides que ideó el gran Sesostris para inmortalizar los acaecimientos ruidosos? ¿aquellas pirámides que sirvieron para grabar con eternos caractéres la memoria de un imperio que iba á acabarse? Sino hay pirámides, el cincel y buril penetrante se encargarán de esta obra, perpetuando en bronces y duraderos mármoles nuestra próxîma felicidad. Y tú divina Clio, que inspiraste á un Homero extendiese en paises y siglos remotos la historia de la desgraciada Ilion, ò á un Virgilio las glorias de Roma, señora del orbe todo, baxa, déxate ver otra vez en las riberas del Man-

zanares. Es verdad, que no tenemos una Iliada, una Odisea, ó Eneyda; pero en sus márgenes amenas hubo quien cantó el vencimiento de Motezuma, y la ruina de la Metrópoli de su imperio, en las *Naves de Cortes*. ¿Y no es tan halagüeño y heroico el canto de la Paz, si á esto se agregase la venida del jóven Príncipe encerrado en una fortaleza de la irreligiosa Francia? ó FERNANDO! vástago ilustre de Monarcas esclarecidos! Si llegará el dia! El trono de las Españas es tuyo, y en el solio de tus Mayores te hará sentar la Gran Bretaña. No firma esta la Paz con las islas Baleares, no con el Principado de Cataluña, no con las provincias de la Cantabria, ó con las que riegan el Tajo, Guadalquivir y Turia abundoso. Estas paces se solemnizan con el heredero del inmortal Felipe V, que en los llanos de Almansa te ganó la corona. O familia augusta de Borbon! ó FERNANDO! En el campo de Almansa se vinculó tu cetro, y

265

le vinculó la sangre española. Allí peleaba el descendiente del valeroso Ibero, el aguerrido Veton, el Tartesio noble, el Cántabro forzudo : allí quedó degollado el habitador de Carteya ilustre, el feroz Numantino, el Vacceo intrépido: allí el morador de las riberas agradables del Mediterraneo, y el de las escarpadas rocas del Norte. Todos estos te grangearon la corona con su cuchilla vengadora. ¿Que era ver á tu abuelo Felipe penetrar por las caxas destrozadas, por los cañones desmontados, por los guerreros muertos ó palpitantes, por un campo regado de sangre que pedia : *Reyne sobre nosotros la familia de Borbon* ? „Reynará, exclamó entónces tu valiente progenitor, y la victoria que lo asegura, se eternizará en una columna levantada en este campo, como hacian Esparta, y la belicosa Tebas.

Hijos, continuaba Felipe, ofreced esos pechos de bronce, que resisten al fuego, à la bala, y à la espada cortado-

ra; yo, yo al frente de vuestros batallones tambien gerreo con el enemigo"; y ved que de improviso se ve baxar de la celeste esfera una Matrona respetable, que por su divisa me pareció ser Belona, se acerca el héroe, y diciéndole: *Victoria*, orla su sien augusta con una corona, que decia el letrero: *Reynará sobre España la Casa de Borbon.* El Número no engaña, un Borbonés debe ser nuestro Monarca, y lo asegura la Paz, que acaba de hacerse. No ha de desmembrarse esta corona como la de Polonia, ni recaer en agena familia como la Goda. ¿Y como reynará la Casa de Borbon, si está cautiva, presa, ignominiosamente encadenada? Los pequeños vástagos de los Borbones Españoles están encerrados en una fortaleza de Francia, y nuestro Monarca FERNANDO VII, despedazado su corazon de sentimiento, vuelve la vista à los Pirineos, y se enternece, llora y gime... Ah, Españoles! dice en el exceso de un frenesí amo-

roso, *fui vuestro Rey*! Aquí se sienta, clava los ojos en tierra, los levanta, y entre sollozos repetidos solo pronuncian sus labios: ¡*Españoles*! ... Enmudece, pone su diestra en la frente, y un profundo silencio embarga sus sentidos; pero en medio de su delirio solo repite: ¡*Españoles*! ¡*fui vuestro Rey*! y lo seréis, Monarca esclarecido, à pesar de las altaneras Aguilas del Sena. La Señora del mar firma la Paz, y te reconoce Soberano de la Hesperia, que es el fruto mas apreciable de esta alianza. Si ahora estás cautivo, si en la márgen de alguna fuente lloras la pérdida de tu reyno colgando de los sauces el melodioso instrumento que inspira alegría, sabe que las banderas de tu aliada recorren los dos mares à favor tuyo, nos proveen de municiones y guerreros, la plaza de Gibraltar ha hecho un donativo de 60 mil duros à tus vasallos, y unidas las tropas de la esquadra Inglesa con las tuyas y Portuguesa, baten à Junot

General frances en Lisboa, le encierran en un castillo, y por corona de esta batalla, en todo el Reyno te proclaman Monarca, y en los fuertes se tremola la bandera española. ¡Que Paz! ¡que felicidades! ¡Nuevo comercio, nuevas fábricas, nueva industria, la España reengendrada, y FERNANDO en su trono! ¡Que esperanzas tan seductoras! A la eterna alianza, pues, de estas dos grandes naciones erijanse trofeos, piramides y obeliscos, y desde el niño balbuciente hasta el tremulo anciano, que mira próxîmo su sepulcro, todos repitan alegres:

PAZ, LA GLORIA Y FELICIDAD

DE LA IBERIA.